





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Excepto aquellos de dominio público, los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Storyteller of Auschwitz*

© 2023, Siobhan Curham. Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Storyfire Ltd, bajo la marca Bookouture.

© 2024, de la traducción por Cecilia Fernández Santomé

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-60-6

Código IBIC: FA

DL: B 4.877-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime S. L.

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Siobhan Curham

La joven que escribía  
historias de amor  
en Auschwitz

Traducción de Cecilia F. Santomé



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2024



Todo campo de concentración necesita su poeta,  
alguien que, incluso allí, vea la vida como un bardo  
y sea capaz de hacer de ella una canción... Dejarme  
ser el corazón pensante de estos barracones.

ETTY HILLESUM





# Prólogo

No hay historia que se precie que no termine poniendo en un brete, sea de la manera que sea, a su protagonista. Como escritora profesional que soy, lo sé muy bien (lo he hecho en cada una de mis novelas). Entonces, claro está, el héroe encuentra esa fortaleza de la que no era consciente y que lo impulsa a ponerse en pie una vez más y a matar al metafórico dragón.

Tirada en mi catre en aquel lugar perdido de la mano de Dios en los confines del mundo, en los confines de la humanidad, mientras oía fuera a los guardias gritando aquellas palabras que acabé detestando –*Raus! Schnell!*–, supe que había llegado a ese punto en mi propia vida. El último giro de guion, las nuevas cotas que había alcanzado su crueldad me habían hecho desmoronarme... , pero yo no quería volver a levantarme. Quería permanecer allí tumbada hasta que se desintegrara lo que quedaba de mi piel y de mis huesos, caer al suelo como el polvo entre los listones del catre. Allí ya no tenía nada. Nada. Ningún motivo para rebuscar en mi interior esa fuerza desconocida. Aunque...

Mientras barajaba la posibilidad de rendirme, el eco de las palabras de Tomasz me llegó desde el pasado: «Cuando todo pase, encontrará la manera de contarle al mundo lo que nos hicieron. Podría escribir un libro». En el momento en que me lo dijo, al principio de la guerra, no me imaginaba lo que esa frase acabaría significando, lo que nos harían, lo

que les harían a mis seres queridos. Así prendió la mecha en mi interior. Como una chispa de indignación ante tamaña injusticia. ¿Acaso iban a irse de rositas?

A lo lejos, oí llorar a un niño; automáticamente, aquello me devolvió al terrible instante en que mi mundo se había derrumbado y me había visto reducida a ser una sombra de lo que era. ¿Por qué tenía que terminar así mi historia? Los alemanes ya habían puesto punto final a demasiadas historias. Se me pasó entonces otra idea por la cabeza: ¿no es cierto que una persona no muere del todo mientras siga viva su historia? Porque puede que su cuerpo ya no esté, pero su espíritu pasa a formar parte de la cultura popular y cobra vida cada vez que alguien narra sus peripecias.

En la boca del estómago, iba tomando forma una resolución como un nudo indisoluble. Si vivía para contar lo que había sucedido, no solo estaría dando a conocer al mundo lo que aquellos monstruos nos habían hecho, sino también resucitando a mis seres queridos. Toda su sabiduría y sus entresijos, sus pasiones y su amor no morirían nunca. Me quedé mirando mi cuerpo, frágil, con los huesos sobresaliéndome y la piel fina como el papel de liar, devorada por las pulgas. Recuperando la lucidez por un instante, me di cuenta de que mi historia no podía terminar allí. Tenía que sobrevivir. Tenía que contar sus historias para que viviesen para siempre. Tenía que compartir su valiosísimo legado para que otros pudiesen también sacarle partido. Retorciéndome de dolor por la molestia en la cadera, que no se me pasaba, poco a poco fui incorporándome.

# Capítulo 1

## París

*Octubre de 1940*

Supe que algo no iba bien en cuanto llegué al Café de la Paix y vi a mi editor, el «indomable Anton Janvier» —como solían tildarlo en el *Paris Journal*—, escudriñando el menú con la avidez de un detective en busca de pruebas. Anton llevaba yendo a cenar al Café de la Paix casi toda su vida adulta. A veces, hasta lo veían desayunar, almorzar y cenar allí. Se sabía el menú de punta a cabo y no necesitaba echarle nunca un vistazo antes de pedir.

Señal de que las cosas no marchaban eran también aquellas profundas ojeras que le enmarcaban los ojos y su pelo —que solía llevar relamido hacia atrás—, dividido en mechones ralos y canosos a merced de la brisa. Normalmente, cuando quedaba con Anton para comer, lo encontraba fuera, sentado a su mesa favorita y con una botella ya medio vacía de *beaujolais* mientras admiraba las vistas de la ópera, al otro lado de la plaza. Eché un vistazo a la orilla de enfrente y reprimí un escalofrío al ver a unos soldados alemanes que pasaban desfilando, con sus lustrosas botas militares en contraste con el tenue dorado del sol otoñal. ¿Acaso era de extrañar que Anton tuviese los hombros caídos y la frente poblada de arrugas? Desde el preciso instante en que los nazis habían ocupado nuestra querida ciudad en junio, a

cada parisino debían de haberle salido una o dos marcas en el ceño. Quizá el motivo por el que Anton parecía tan incómodo no tenía nada que ver conmigo. Ojalá... Pero, en caso de que así fuese, tenía un as en la manga. Y era un plan estupendo, si se me permite decirlo.

Respiré hondo, recoqué un poco con los dedos mi permanente recién hecha y adopté lo que esperaba que fuese un rictus de desafiante optimismo contra las adversidades presentes.

—¡Buenos días, amigo mío! —solté en nuestro estilo de saludo habitual al acercarme a la mesa.

Anton dejó a un lado el menú y se levantó para saludarme, pero noté que fruncía mucho el ceño antes de esbozar una sonrisa forzada.

—¡Claudette! —exclamó y me dio un beso en cada mejilla.

En mi interior, la aprensión iba en aumento. Hacía años que no me llamaba por mi nombre completo. En cuanto mi primera novela, *Las aventuras de Aurélie*, se convirtió en un éxito de ventas, nos hicimos uña y carne; desde entonces, se había dirigido a mí por mi apodo infantil, ETTY. Habían pasado siete años y, en ese tiempo, le había entregado cuatro manuscritos más de Aurélie, superando cada libro el éxito de los precedentes. Las mujeres francesas le habían hecho un hueco en sus corazones a aquella heroína peleona salida de los salones de baile y estaban enganchadas a sus aventuras. Pero eso fue antes de que los alemanes llegasen y comenzasen a prohibir determinados libros escritos por determinados autores.

—¿Cómo le va? —preguntó Anton volviendo a sentarse.

La botella de vino que tenía delante estaba casi vacía.

—Bien —respondí—. ¿Y a usted?

—Bueno, tirando... Ya sabe.

Se encogió de hombros, y me percaté de que su chaqueta de terciopelo en tono ciruela le flojeaba.

Hasta a un vividor como Anton, que todavía podía permitirse cenar en un restaurante, le afectaba el racionamiento de alimentos que habían implantado en septiembre. Los alemanes habían decretado que nosotros, los franceses, solo podíamos pedir un entrante, un plato principal y un trozo de queso cuando cenábamos fuera. «¡Un trozo de queso! ¡Soy un hombre, no un ratón!», había rugido Anton tras enterarse de la noticia, incapaz aparentemente de contemplar un futuro que no incluyese un consumo diario del doble de una tabla de quesos.

Un camarero se materializó junto a nuestra mesa; Anton pidió el *cassoulet* de salchicha –su plato favorito de siempre, el guiso de ternera, había pasado a mejor vida con la ocupación–, y yo pedí mi sopa de cebolla favorita –afortunadamente, las cebollas se habían librado por ahora del sacrificio.

–Tengo buenas noticias –anuncié con entusiasmo.

–¿Ah, sí? –Se echó hacia delante y bajó la voz–. ¿Se va de París?

–¿Qué? ¡No!

Al empezar los alemanes su marcha sobre París, mucha gente había huido de la ciudad, incluido mi querido vecino Levi, que vivía en el piso de arriba. Me suplicó que me fuese con él, pero me negué. Me había costado tanto conseguir aquel piso en la orilla izquierda del Sena que no me apetecía dárselo a nadie, y menos aún a Hitler y sus compinches.

–¡Ay! –Anton se desplomó en su silla, decepcionado.

–He acabado el primer borrador del quinto libro. Se me ha ocurrido por fin qué hacer con ese latoso acosador de Aurélie... –Hice una pausa dramática–. Tiene un pegajoso final en una tina de gachas de avena en la cocina del Ritz.

Albergaba la esperanza de que aquello le arrancase a Anton una de sus risotadas a mandíbula batiente, pero su expresión se tornó triste.

–Te... tengo noticias... –tartamudeó cogiendo la botella y echándose en el vaso el vino que quedaba.

–¿Ah, sí?

Se me encogió el estómago. A juzgar por su gesto grave, no era el tipo de noticia al que me tenía acostumbrada, normalmente, en relación con ventas de libros muy por encima de mis expectativas.

Se echó otra vez hacia delante mirando a derecha e izquierda.

–Es por la nueva legislación que ha aprobado el Gobierno, el estatuto de los judíos –susurró.

Se me puso la piel de gallina. Desde el preciso instante en que me enteré del maldito estatuto que prohibía que los judíos ejerciesen determinadas profesiones, el temor se había apoderado de mí. ¿Y si mi peor pesadilla estaba a punto de hacerse realidad?

«No te olvides del plan B –me recordaba una vocecilla en mi interior–. Que no se te olvide el espíritu emprendedor que te trajo aquí, desde los arrabales de Marsella al corazón del París literario. ¡Ese mismo espíritu bien puede burlar a los traidores que nos gobiernan!».

–Lo siento muchísimo –siguió diciendo con la mirada puesta en la mesa–. Ya no... ya no tenemos autorización para seguir publicándola.

Meforcé en controlar la necesidad de tragar saliva. El hecho de que Anton me hubiese ofrecido mi primer contrato editorial había supuesto un punto de inflexión. Convertirme en escritora había sido como recibir las llaves de un reino mágico a años luz del mundo en el que yo me

había criado. Y, desde la publicación de mi primera novela, mi vida había discurrido en paralelo a la de la protagonista de mi ficción, Aurélie, en un maravilloso ejemplo de cómo la vida imita al arte o viceversa; era imposible distinguirlas de lo enmarañados que estaban nuestros respectivos caminos. Me costaba asumir que pudiesen arrebatar me eso. No solo sería el final de mi carrera: supondría la pérdida de mi identidad.

–Lo siento muchísimo –repitió; por fin, me miró a la cara, y vi que sus ojos castaños estaban empañados de lágrimas.

–No pasa nada –le respondí con despreocupación–. Me imaginaba que sus estúpidas leyes podían llegar a causarme problemas, así que se me ha ocurrido un plan de lo más artero... –Hice una pausa y recé por que tal plan consiguiese su aprobación–. Desde ahora y hasta que los alemanes pierdan la guerra, voy a escribir con seudónimo. Estaba pensando en Edith Londres. Édith, claro está, en homenaje a mi cantante favorita, el pequeño gorrión; y Londres porque..., bueno..., siempre he tenido ganas de ir allí. –Me obligué a sonreír–. Fantaseo con tomarme el té de las cinco en Fortnum & Mason y pasearme en uno de esos taxis negros. A lo que habría que añadir un londinense de pura cepa diciendo: «Como quieras, prenda mía». –Era consciente de que estaba divagando, pero me resistía a parar por miedo a que Anton echase por tierra mi idea–. Es una expresión de cariño –añadí al ver la confusión en su rostro.

–¿Cuál?

–«Prenda mía». Es como los londinenses profundos llaman a sus mujeres.

–¿Quiere casarse con un londinense?

–¡No! Solo quiero oírlos hablar. –Empecé a jugar con

el borde de mi servilleta, frustrada por que nuestra conversación hubiese ido a dar a aquel jardín—. Bueno, entonces... ¿qué le parece mi idea, lo del seudónimo?

Apenas me atrevía a respirar, esperando su respuesta. La única solución que se me había ocurrido previendo que aquello podía pasar era escribir bajo un nombre distinto. Si decía que no, no sabía por dónde podía tirar.

Para mi desgracia, negó con la cabeza.

—¿Cómo íbamos a justificar que los libros de Aurélie estuviesen de repente escritos por otra persona?

—Podríamos interrumpir la colección hasta el final de la guerra —respondí tratando de no pensar en lo mucho que había trabajado en el borrador del quinto libro, que acababa de terminar. Al trazar el plan, había valorado la posibilidad de que él esgrimiese ese argumento, así que, por mucho que me doliese, estaba dispuesta a paralizar la colección. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de seguir escribiendo—. Podría escribir algo totalmente diferente. —Lo miré esperanzada—. Por favor...

—Lo siento, pero es demasiado peligroso. —Puso las manos sobre las mías. Se había mordido las uñas hasta llegar a la carne—. Por ahora, olvídense de escribir, Claudette. Tiene que marcharse de aquí. Tengo contactos, puedo ayudarla a escapar a la zona libre.

No pude evitar soltar un resoplido. Puede que las partes no ocupadas de Francia estuviesen libres del control directo de los nazis —al menos, por el momento—, pero no cabía duda de que nuestro primer ministro, el mariscal Pétain, era un títere en manos de Hitler. A fin de cuentas, ¿no había sido él el ideólogo del estatuto de los judíos en Francia?

—No quiero huir.

Me liberé de las manos de Anton y tomé un sorbo de vino.



Sabía amargo como el vinagre y me quemó el fondo de la garganta.

–Esto solo puede ir a peor –susurró–. Por favor, déjeme ayudarla.

–¿Y qué pasa con los judíos que no consigan escapar? –Me quedé mirándolo en actitud desafiante–. No voy a darle la espalda a mi gente.

Aunque la verdad era que no había pisado una sinagoga desde hacía años, al menos desde la última paliza de mi padre y mi huida a París. Desde ese mismo día, había hecho lo imposible para olvidar mis raíces, dejando de honrar las tradiciones y los ritos, pero, ahora que me perseguían por mis orígenes, notaba cómo iba creciendo en mí un intenso sentido de la lealtad.

Anton le hizo una seña a un camarero para que le trajese más vino.

–Ya me daba a mí que se pondría terca con este asunto.

–No es cuestión de terquedad, es... –empecé a decir.

¿Pero cómo podía explicarle lo que significaría para mí dejar atrás todo lo que había logrado? Anton venía de una familia pudiente y el éxito de su editorial no había hecho más que aumentar su fortuna. No sabía lo que significaba salir de la nada. No sabía lo que significaba vivir con el miedo a verse otra vez en ella algún día. Entonces, se me ocurrió algo espantoso:

–Si no va a publicarme el quinto libro, ¿me pedirá que le devuelva el anticipo?

Sacudió la cabeza; para mí, fue todo un alivio.

–No, claro que no.

Algo era algo. Afortunadamente, no me había dedicado a derrochar el dinero; además, lo bueno de haber conocido la miseria es que una sabe perfectamente cómo apretarse el cinturón cuando toca.

Permanecimos allí sentados en silencio un rato; yo, mirando

al edificio de la ópera. Según Anton –todo un experto en folclore literario–, Oscar Wilde –al que en sus tiempos le encantaba frecuentar el Café de la Paix– estaba convencido de que se le había aparecido un ángel mientras estaba sentado en aquella misma terraza. Al final, resultó ser el reflejo de una de las estatuas doradas que coronan la parte alta del ornamentado edificio. Puede también que Wilde se hubiese pasado con los vasos de absenta. La primera vez que Anton me contó esa historia, me pareció graciosa y me entusiasmó la idea de estar siguiendo los pasos –o bebiéndome las huellas en el vaso– de dicho coloso literario, pero ahora ese recuerdo me dejaba fría. De alguna manera, constituía un símbolo de lo que le había sucedido a aquella magnífica ciudad. Nada era ya lo que parecía, cualquier traza de nuestras vidas pasadas no era más que una simple aparición.

Vino un camarero con la comida y otra botella de vino. Cogí la cuchara y me puse a empujar el pan que flotaba sobre la sopa. Un destello graso brilló en el queso, aumentando mi sensación de náusea.

–Puede seguir contando conmigo si me necesita –dijo Anton mientras se acomodaba la servilleta en el cuello de la camisa.

–Gracias –murmuré y tomé un sorbo de sopa. Puede que mi repentino mal humor quisiese amargarme la fiesta, pero no estaba tan rica ni sustanciosa como de costumbre. Sentí las lágrimas quemándome en el rabillo de los ojos–. A decir verdad, no tengo hambre –dije apartando de mí el cuenco–. Tengo que irme.

–Vamos, ETTY.

Anton me miraba implorante.

–Sabe a rayos –dije sin mucho convencimiento–. No lleva caldo de carne, eso seguro.

Me miró fijamente, desconcertado, mientras la ira se abría paso entre la bruma del choque inicial. ¿Por qué me había invitado a aquel sitio para darme la noticia? Ahora, el café —que había sido el escenario de tantos recuerdos felices— sería para los restos el lugar en el que mis esperanzas y sueños se habían hecho trizas. Debería haberme llevado al despacho, a no ser que... Quizá no quería que vieses a una judía entrando en el local. Me vinieron a la cabeza las palabras de los carteles que habían ido extendiéndose como el moho por todo París, burlonas: EL JUDÍO ES NUESTRO ENEMIGO. —Qué asco —le solté como un escupitajo y me puse de pie. —Etty. —Se levantó y retiró la servilleta del cuello—. No sé qué decir.

Miré a mi antiguo amigo, sentado al otro lado de la mesa, a mi mentor, la única persona en la que había creído que podía confiar para ocuparse de mi carrera literaria.

—Es que no es lo mismo sin caldo de carne, simplemente —tartamudeé y me largué con las lágrimas cayéndome por las mejillas.

# Capítulo 2

## París

*Octubre de 1940*

No sé cómo, pero conseguí recomponerme lo suficiente como para volver a casa. Mi piso al lado del río, con sus grandes ventanas de guillotina y sus techos altos, había sido el primer sitio en el que me había sentido realmente en casa. Al igual que el Café de la Paix, era como un museo de recuerdos seleccionados con cariño; dondequiera que mirase, me venían a la mente maravillosas conversaciones, veladas y cenas llenas de risas, citas apasionadas. Durante los últimos cinco años, había estado allí y la había convertido en el tipo de casa que siempre había soñado con tener cuando era niña, repleta de libros y de artilugios interesantes y antiguos, de radios en cada habitación para que nunca me faltase la música para bailar. Más que nada, había creado un refugio a salvo del mundo, el antídoto perfecto para la casa de los horrores en la que había crecido.

Mientras subía por la amplia escalera de piedra que me llevaba a la segunda planta, notaba cómo el miedo se apoderaba de mí. ¿Cómo iba a poder quedarme allí sin contar con un contrato editorial? En ese momento, solo disponía de mi último anticipo, que iría menguando, por mucho que fuese una experta en hacer cuentas. Me metí en casa y fui directa a la sala de estar y a mi rincón de pensar favorito: el

asiento en la ventana que daba al río. Me senté y me abracé a uno de los cojines de terciopelo. ¿Había hecho bien mi vecino Levi en marcharse cuando lo hizo? Ay, cuánto echaba de menos sus pasos ligeros sobre mi cabeza... Ay, cuánto echaba de menos el tintineo de su piano flotando en la brisa con la ventana abierta.

Volví la mirada hacia el salón y, por un instante, me pareció oír de nuevo el eco fantasmal de la cháchara, las risas y la música de las fiestas de antaño. Se me fue la vista a mi máquina de escribir, colocada en un escritorio junto a la otra ventana. El manuscrito del quinto libro de Aurélie descansaba primorosamente a su lado. Al pensar en todo el trabajo que había puesto en aquellas páginas —en la escritura y la reescritura de la trama, tratando de hacer de la última conquista de ella un tunante al que fuese imposible no querer—, noté cómo la desesperanza iba anidando en mí.

En un par de zancadas, cogí el manuscrito y me puse a hojearlo, reparando nostálgica en los cientos y cientos de palabras tecleadas con mimo. De niña, me maravillaba que las letras adecuadas encajadas en las palabras adecuadas fuesen capaces de crear todo un universo de la nada. Sin embargo, mis palabras parecían ahora simples marcas sin significado, garabatos que nadie más leería ya.

Un repentino alboroto rompió el silencio. Se oían voces de hombres en el pasillo de abajo. Me heló la sangre el golpeteo rítmico de lo que había aprendido a identificar como botas militares subiendo por las escaleras. Soldados alemanes. ¿Venían a por mí? ¿A decirme que no podía seguir trabajando como escritora por haber cometido el crimen de nacer judía?

Pero los pies siguieron avanzando más allá de mi puerta rumbo a la última planta. Me retorcí de dolor al oír un golpe

sordo sobre mi cabeza y las botas abriéndose paso por el techo. Miré hacia arriba tratando de imaginar qué estaban haciendo en el piso de Levi. Después de unos minutos, oí a algunos de ellos cantar una canción alemana mientras bajaban por las escaleras.

Me escurrí por la pared junto a la ventana y eché una ojeada fuera. Había un camión del ejército aparcado frente a nuestro edificio y un soldado acarrea uno de los cuadros de Levi hasta la parte trasera. Se me secó la garganta. La colección de arte de Levi era la niña de sus ojos. La primera vez que me invitó a subir a un cóctel en su casa, me la había mostrado con la ternura de un padre que presenta a sus hijos. «Nunca me he casado –me contó antes de tomar un sorbo de su *kir royal*–. Mi piano es mi verdadero amor».

Y pasó a entretenerme con maravillosas historias sobre su vida de concertista de piano, dando la vuelta al mundo y comprando una valiosa obra de arte en cada ciudad que visitaba. El trasfondo me había resultado más fascinante si cabe que las propias pinturas; sobre todo, después de que me contase que había cambiado un Rembrandt por un recital privado de piano.

Para que ahora esos cerdos alemanes viniesen a hacer y deshacer a su antojo... Se me escapó un gesto de dolor cuando uno de ellos metió otro cuadro dentro del camión sin ninguna consideración hacia el genio que lo había pintado.

Aunque luego resultó que los alemanes no solo buscaban las obras de arte de Levi. Durante las siguientes dos horas, observé cómo llenaban el camión con todas sus posesiones, incluida la ropa de cama y las sartenes. Cuando los vi acarrear su querida mecedora hasta la parte de atrás del camión, estuve a punto de derrumbarme; me contuve para no salir corriendo escaleras abajo y echarme sobre ellos.

Fuese lo que fuese lo que estaban haciendo, no se trataba solo de codicia. Era como si estuviesen intentando borrar todo rastro de la existencia de Levi.

Cuando el camión arrancó al fin, me quedé mirando las cosas que me rodeaban, mis cosas. Al igual que los cuadros de Levi, todo lo que había en aquel cuarto tenía una historia detrás: el maltrecho busto sin una oreja de Mozart del que me había apiadado en un rastro, la vieja máquina de coser que usaba para colgar mis collares, el gramófono que había sido la pieza fundamental de tantas fiestas, mi adorada radio de los años veinte de estilo *art déco*... Luego, la vista se me fue a la muñeca de Aurélie, ataviada con un vestido rojo de lentejuelas, allí, de pie sobre el mantel, con los brazos abiertos. Anton la había encargado para regalármela cuando la tercera novela se convirtió en un éxito de ventas fulgurante. Hasta el momento, la muñeca había sido una divertida representación de lo que yo había conseguido, pero la mueca dibujada en su cara parecía mofarse de mí, recordándome todo lo que me habían ido quitando. Ciega de rabia, corrí hacia ella y la cogí; enfilé las escaleras y salí a la calle.

El sol se había ocultado tras un frondoso banco de nubes grises, y el olor del viento en calma anunciaba una lluvia inminente. Sentí una energía desbordante abriéndose paso por mis venas, una sensación que no había tenido desde el día en que había huido de casa. ¿Cómo se atrevían los nazis a entrar en tromba en nuestro país y saquear nuestras pertenencias? ¿Cómo se atrevían a decirnos dónde podíamos trabajar y dónde no? ¿Por qué diantre Anton no había podido aceptar mi plan? ¿Por qué no me había permitido seguir escribiendo bajo seudónimo?

Me obligué a dejar de pensar en él. Me obligué a dejar de pensar en Aurélie. Ya no podía contar con ninguno de los dos.

Caminé a paso firme hasta el río y, sin pensármelo dos veces, arrojé la muñeca a sus oscuras aguas.

En cuanto oí el impacto en la superficie, me arrepentí de haberlo hecho. ¿Cómo podía ser tan desalmada con mi propia creación literaria? ¿Cómo se me ocurría lanzarla a una tumba de agua? No tenía la culpa de lo que estaba sucediendo. Me había salvado de la pobreza y de las dificultades, ¿y así se lo pagaba? Yo no era mucho mejor que un alemán sin corazón.

—Ay, Aurélie, lo siento mucho —grité encaramándome al borde del puente.

Alcancé a ver un destello de su cabello caoba flotando allí abajo, pero, antes de que pudiese zambullirme para salvarla, oí unos pasos corriendo hacia mí. Ya podía ser un soldado alemán: no me importaba.

—¿Qué está haciendo? —soltó una voz de hombre en un francés con un acento imposible de reconocer; noté el tacto de unas manos fuertes agarrándome los brazos por la espalda.

Miré por encima del hombro y me encontré con un hombre elegante vestido con un traje negro, aunque, a juzgar por el pelo negro cortado a cepillo y el zigzag de una cicatriz que le relampagueaba en la mejilla, le pegaba más un atuendo mucho menos formal.

—Tengo que rescatarla —sollocé mientras trataba sin éxito de liberarme de sus garras.

—¡Mierda! —Eché un vistazo al agua—. ¿Ha caído al río?

—Sí —dije respirando agitadamente.

Me soltó y se quitó la chaqueta.

—¿Qué está...? No, no me ha entendido... —tartamudeé a la vez que él, ágil como un atleta, se subía de un brinco al borde del puente.

—No se preocupe, la sacaré de ahí —dijo antes de zambullirse en el agua.



–¡No! –grité.

–No veo a nadie. ¿Es una niña? –me preguntó, apremiante, y su voz rebotó con un eco tétrico en la parte inferior del puente.

–No..., bueno..., es una muñeca –le contesté haciendo un mohín, a la espera de su reacción.

Hubo un silencio horrible y, por fin, apareció nadando ante mí.

–¿Una muñeca? –chilló.

–Sí, y lo siento. No me dio tiempo a explicárselo.

Lo oí maldecir para sí y un chapoteo a su alrededor. Puso rumbo a la orilla a nado.

Le recogí la chaqueta del suelo y me apresuré a reunirme con él.

–¡Una muñeca! –farfulló saliendo del agua. La camisa, ahora empapada, se le pegaba al cuerpo y marcaba unos hombros anchos y unos brazos torneados. En sus manos, sujetaba una Aurélie llena de lodo-. ¿Es esta?

Asentí, colorada como un tomate.

–Pero no se trata de una simple muñeca vieja –dije mientras la recuperaba de sus manos, desesperada por hacerme perdonar.

–¡No me diga! –Y se limpió la suciedad de un ojo-. Entonces, ¿de qué tipo de muñeca se trata?

Me saqué un pañuelo del bolsillo y se lo ofrecí.

–Tenga, séquese. Bueno, al menos la cara.

–Gracias –murmuró mirando con el ceño fruncido el delicado trozo de tela.

–Soy escritora –dije-. Escribo una colección de libros llamada *Las aventuras de Aurélie*. Puede que haya oído hablar de ellos.

Negó con la cabeza.

–Bueno, es probable que su mujer o su hermana sí.

–No tengo ni mujer ni hermana –gruñó pasándose el pañuelito por la cara y tiñendo de marrón el blanco algodón.

–Ah, vale. En fin... El caso es que la muñeca fue un regalo de mi editor –dije tratando desesperadamente de salvar la situación y lo que me quedaba de dignidad.

–Qué bonito –contestó, cortante.

–Sí –insistí, decidida a ignorar su sarcasmo–. Pero he tenido un día realmente malo y he terminado tirándola al río.

–¿La lanzó usted?

Se quedó mirándome como si acabase de salir de un centro psiquiátrico.

–Sí, pero me arrepentí al instante, de ahí que estuviese a punto de lanzarme al agua para recuperarla antes de que usted se me adelantara.

Dio un largo suspiro. Estaba claro que yo era la criatura más patética con la que había tenido la desgracia de cruzarse.

–Lo siento mucho –dije, apesadumbrada.

Menudo día horrible había sido aquel. Aunque mi mala suerte no se había terminado. Subiendo por la calle, se oyó el chirrido de un coche. Y los únicos coches que recorrían las calles de París a aquellas alturas solían ser descapotables Mercedes negros conducidos por alemanes.

–¡Mierda! –exclamó el hombre.

–No pasa nada, todavía no es el toque de queda –intenté tranquilizarlo.

–No puedo dejar que me vean –dijo mirando a su alrededor desesperadamente, como si buscara un lugar en el que esconderse.

–Rápido. –Le tiré de la manga, empapada, y cruzamos corriendo la calle para refugiarnos en mi edificio–. Venga conmigo –dije guiándolo escaleras arriba.

Fuera, oí el chirrido del coche al frenar y se me paró el

corazón. ¿Nos habían visto? Abrí la puerta de mi piso con manos temblorosas y le hice una seña al hombre para que entrase conmigo.

–¿Vive aquí? –murmuró sin quitar los ojos de la lámpara de araña que pendía del techo de la entrada.

–Sí, bueno; al menos, por ahora.

Me metí en el salón a toda prisa y eché un vistazo al exterior. Unos cuantos hombres vestidos con el uniforme alemán se habían bajado del coche y miraban a un lado y otro de la calle.

–¿Lo están... lo están buscando a usted en concreto? –le pregunté mientras me apresuraba a correr las cortinas.

–No, pero, si me encuentran, me meteré en un buen lío –contestó de pie como estaba en la puerta de la sala de estar–. Están buscando a todos los judíos no franceses. Nos están reuniendo para enviarnos a un campo en la zona de los Pirineos.

–¿Usted es judío?

Asintió y, al instante, se puso a la defensiva.

–No se preocupe, me largaré de aquí en cuanto se hayan marchado.

–No pasa nada. Yo... yo también soy judía.

Me sentí rara pronunciando aquellas palabras en voz alta después de ocho años tratando de olvidar mi ascendencia.

–¿Ah, sí?

Eché un vistazo al cuarto como si estuviese buscando una prueba de ello y sus ojos dieron con los candelabros de plata para el *sabbat* sobre la mesa de comedor. Eran el único recuerdo de mi vida pasada. Habían pertenecido a Madame Bellamy, la viejecita que vivía al lado cuando era una niña, a la que tanto había querido. Me los había legado al morir. De todas formas, había pasado mucho tiempo desde la última vez que había prendido las velas un viernes por la noche.

El hombre volvió la vista hacia la ventana.

—¿Aún siguen ahí?

Eché un vistazo al exterior y vi a los hombres metiéndose en el coche.

—Sí, pero me da la impresión de que ya se marchan. —Esperé unos segundos, pero el coche no arrancaba—. O puede que no.

—Estupendo —murmuró.

—No pasa nada, puede quedarse todo el tiempo que necesite. De todos modos, no creo que sea buena idea salir así. No pasaría desapercibido. —Señalé hacia él, que chorreaba agua sucia sobre la alfombra—. Si quiere, puede asearse en el cuarto de baño. Voy a ver si tengo una muda para usted. Hace un par de años, tuve una fase en la que me vestía con trajes de hombre, aunque me da a mí que le irán un poco pequeños... —Reparé en la anchura de sus hombros y sentí un ramalazo de aprensión. ¿Era realmente necesario sugerirle a un hombre desconocido y fuerte como un toro, no había más que verlo, que fuese a cambiarse a mi baño?—. Le advierto que soy experta en un método de combate conocido como *krav magá* —añadí con la esperanza de que él no se diera cuenta de que estaba mintiendo; lo más cerca que había estado de la lucha cuerpo a cuerpo desarrollada en Eslovaquia para ayudar a los judíos a protegerse de los ataques antisemitas había sido al escuchar a Levi hablarme de ella.

—¿De veras?

Por primera vez desde que nuestros caminos se habían cruzado, el hombre sonrió; la expresión de su rostro pasó de la seriedad a un gesto casi infantil. Tenía un hoyuelo en la barbilla tan hondo que parecía esculpido. Sentí el familiar impulso de echar mano de uno de los múltiples cuadernos

de notas que había ido desperdigando por la habitación por si me asaltaba la inspiración. Podía valerme como punto de partida ideal para un misterioso desconocido en la próxima aventura de Aurélie. Casi al instante, me recorrió una oleada de dolor: no habría una próxima aventura de Aurélie.

–Sí. Así que ¿por qué no le enseño dónde está el cuarto de baño antes de que la alfombra se ponga marrón?

Pasé junto a él a toda prisa en dirección al pasillo.

–Yo también sé combatir –dijo yendo detrás de mí.

Se me heló el corazón.

–¿Ah, sí?

–Sí, soy boxeador.

–Mmm.

–Tomasz Zolanvari. Puede que haya oído hablar de mí.

Sonrió de oreja a oreja. Obviamente, se estaba mofando de mí por mi comentario anterior, pero su sonrisa transmitía más calidez que burla.

–No, lo siento. El boxeo no es lo mío.

–Ah, pues yo hubiera jurado que sí, teniendo en cuenta que es especialista en combate cuerpo a cuerpo...

–Bueno, sí, pero prefiero practicarlos más que verlos desde la barrera –murmuré metiéndome en el baño y abriendo los grifos mientras rezaba para que las mejillas dejaran de arderme; era una mentirosa de pena, mi cara me traicionaba al instante.

–¡Vaya, esto es casi tan grande como mi casa! –exclamó girando sobre sí mismo para observar el cuarto en todo su esplendor.

–Ya, bueno... Venga, ¿por qué no se da un baño? –dije aturullada– Y, si quiere, puede lavar la ropa en el lavabo. Voy a buscarle algo para que se cambie.

–Vale, gracias –asintió.

Cerré la puerta detrás de mí y me tomé mi tiempo para recomponerme antes de correr a mi habitación y repasar las baldas llenas de ropa en busca de algo –lo que fuese– mínimamente servible. Lo único que encontré que pudiese ser –con un poco de suerte– lo suficientemente ancho para él fue una bata de seda rosa con rosas bordadas a la altura del pecho. Le quedaría ridícula, pero, por lo menos no tendría que estar desnudo. Se la llevé al baño.

–He encontrado algo para que se ponga mientras se le seca la ropa –le anuncié a través de la puerta cerrada–. Se lo dejo aquí fuera.

–Vale, gracias –respondió, y se oyó un chapoteo en el agua. Menudo día había tenido.

Volví a la sala de estar y eché un vistazo al exterior. Caía la noche, proyectando sobre la calle a mis pies alargadas sombras oscuras. El coche se había marchado, pero desde allí podía ver una patrulla de soldados marchando por la acera junto al río.

Cogí la enfangada muñeca de Aurélie de la mesa. «Lo siento mucho», susurré apretándola contra el pecho. Había hecho amigos desde que me había mudado a París, pero Aurélie había sido mi fiel compañera. Era como la amiga imaginaria de un niño, vivía dentro de mi cabeza. «Te echaré de menos», volví a susurrar.

«¿Por qué? Seguiré estando en tu mente –me imaginé que me respondía también entre susurros–. Ni el mismísimo Hitler podrá sacarme de ahí».

# Capítulo 3

## París

*Octubre de 1940*

Para sacarme de la cabeza a los nazis patrullando fuera de mi piso y al desconocido desnudo en mi cuarto de baño, decidí ir a la cocina y poner la tetera al fuego. Mientras esperaba a que hirviese, encendí la radio. A medida que el cuarto se llenaba de música, iba menguando un poco la tensión que sentía. Sonaba *Elle fréquentait la Rue Pigalle*, de Édith Piaf, una de mis canciones favoritas del año anterior. Me encantaba la manera en que la letra contaba una historia, como también me encantaba que la historia tratase de una mujer de Pigalle, uno de mis barrios favoritos de París. Me gustaba tanto la algarabía tosca de sus bares y salones de baile, así como su comunidad de artistas, que había hecho de ella el hogar ficticio de Aurélie. Además, me identificaba con la mujer de la canción, que venía del arroyo. Al fin y al cabo, ¿no era mi vivo retrato si uno rascaba bajo el glamur de mis contratos editoriales y mi piso en la orilla izquierda? Por eso, me gustaba también Édith Piaf. Sentía que el pequeño gorrión y yo éramos almas gemelas.

Estaba dando vueltas por la cocina, cantándole a la mano de mortero convertida en micrófono, cuando Tomasz apareció en la puerta ataviado con mi bata, con la seda rosa

cubriéndole mal que bien los hombros. Sujetaba ante sí su ropa húmeda hecha un fardo.

–Estaba pensando en preparar algo de comer. ¿Tiene hambre? –le pregunté apresurándome a dejar la mano de mortero en su sitio.

–Me muero de hambre –contestó–. Pero...

Miró a su alrededor como si buscara comida por la cocina.

–Tranquilo, tengo algo en la despensa.

–No, no buscaba comida. Estaba buscando un reloj.

–¿Un reloj?

Me quedé mirándolo fijamente, desconcertada.

–Sí. ¿Tiene hora?

–¿Por qué? ¿Está a punto de convertirse en calabaza?

Ahora era él el que parecía no entender; la situación se volvió algo incómoda.

–Era una broma –murmuré–. Como Cenicienta, que tiene que marcharse del baile antes de medianoche. Estaba pensando que, a lo mejor, necesitaba comer antes de una hora determinada.

–Hoy, sí –respondió–. La *seudá mafseket* ha de tomarse antes de que se ponga el sol.

–Claro, por supuesto –dije atropelladamente al caer en la cuenta de que debía de ser la víspera del Yom Kipur–. No se preocupe, aún hay tiempo. No son ni las cinco de la tarde.

–Estupendo.

Nos sonreímos como dos tontos mientras yo trataba por todos los medios de recordar el ritual de la *erev* del Yom Kipur.

–Antes que nada, permítame que le ponga esto a secar delante del fuego.

Y le cogí de las manos la ropa húmeda.



–¿Aún le queda carbón? –preguntó siguiéndome hasta la sala de estar.

–No, pero tengo un montón de material para encender.

Cogí el manuscrito de mi escritorio y lo puse en la rejilla de la chimenea.

–Eso no tiene pinta de estar pensado para hacer fuego con él.

–No, pero es para lo único para lo que vale –murmuré.

–¿Qué es? –preguntó mientras yo cogía una caja de cerillas de la repisa.

–Es... era mi última novela.

–¿Qué? –Me agarró la mano para detenerme—. No puede prenderle fuego a su trabajo solo para secarme la ropa. ¿Tiene otra copia?

Negué con la cabeza.

–No, pero mi carrera literaria se ha esfumado, así que ¿qué más da?

–¿Qué quiere decir? ¿Por qué?

–El estatuto de los judíos –contesté en un tono sombrío—. Gracias a nuestro Gobierno, postrado ante los nazis, ya no puedo ganarme la vida escribiendo libros.

Frunció el ceño con un gesto al que la bata de color rosa le restaba parte de su carácter amenazador.

–¿Por eso lanzó su muñeca al río?

–Sí. Creí que me haría sentir mejor no tener un recordatorio permanente de lo que me habían quitado sonriéndome desde la repisa de la chimenea.

–Pues podía haberse limitado a guardarla en un cajón.

Sacudí la cabeza.

–Eso no habría sido lo suficientemente dramático.

Se echó a reír.

–Bueno, la verdad es que montó un buen drama.

–Sí, y lo siento.

Fui disponiendo las prendas sobre los muebles alrededor del fuego.

–¿Y cuántos libros ha escrito? –preguntó Tomasz mientras colgaba los pantalones de la moldura de la chimenea.

–Este es el quinto –dije señalando el manuscrito.

Se inclinó por delante de mí para cogerlo del hogar.

–Nunca podrán impedirle que sea una escritora, siempre y cuando usted no se lo permita.

–No lo entiende. Mi editor ya no está autorizado a publicar mis libros. Los nazis están prohibiendo la venta de libros escritos por autores judíos.

–Sí, también lo hicieron en mi país de origen, Polonia. Hasta prendieron fuego a libros escritos por judíos.

La simple idea me revolvió las tripas.

–Y aquí está usted, a punto de quemar su propio libro –dijo con una voz tenue.

Le cogí el manuscrito de las manos y lo abracé contra mí.

–No sé qué me pasa hoy. Es que me siento tan... tan... indefensa.

Asintió.

–La entiendo, créame, pero no puede dejar que se salgan con la suya.

–Ya lo han hecho. –Suspiré–. Me han quitado mi carrera.

–¿Cómo escribe sus historias? –preguntó.

–Ahí, con esa máquina de escribir.

Señalé hacia el escritorio junto a la ventana.

–No, me refiero a antes de ponerse con la máquina; ¿cómo se le ocurren?

–Ah, vale... Pues en mi cabeza.

–Exacto. ¿Y los nazis están en su cabeza?

–Solo cuando pienso en ellos.

–Entonces, no piense en ellos. Siga inventando historias. Un día, cuando todo haya terminado y los hayamos derrotado, podrá sacarlas de su cabeza y llevarlas de nuevo al papel.

–¡Es justo lo que acaba de decirme ella! –exclamé señalando hacia la enlodada muñeca de Aurélie que estaba sobre la mesa.

–¿La muñeca le ha hablado?

Frunció el ceño.

–No en voz alta, sino en mi cabeza. –Reí-. No ponga esa cara de preocupación, todos mis personajes me hablan. Si no, ¿cómo iba yo a contar sus historias?

Se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa divertida.

–No creo que esté en disposición de burlarse de mí.

Y apunté con la mirada a la bata de seda.

–Tiene razón –afirmó; ahora le tocó a él ponerse colorado. Nos quedamos un momento en silencio.

–Iré entonces a preparar nuestro festín –dije tratando de aliviar la creciente incomodidad-. Bueno, el festín que el racionamiento nos permita.

–¿Está segura? –Parecía preocupado-. No me importa empezar mi ayuno si no tiene suficiente.

–No, no pasa nada. Quédese aquí, póngase cómodo.

Volví corriendo a la cocina, con la esperanza de que no me siguiese y me dejase un instante para recomponerme. No me daba tiempo a hacer las bolas de *matzah* antes de que se pusiese el sol, pero estaba convencida de que podía rascar de aquí y de allá los ingredientes para la sopa de pollo de Madame Bellamy..., a excepción del pollo. Cogí de la despensa las dos últimas zanahorias y una cebolla.

El año anterior, Levi me había invitado a cenar en su piso en la *erev* del Yom Kipur y la habíamos celebrado con pollo con patatas y pan *challah* recién horneado. Luego, después de encender las velas *yahrzeit* en recuerdo de los

mueritos, él había ido a la sinagoga y yo había vuelto a mi piso, donde escribí un capítulo en el que Aurélie bailaba en el Moulin Rouge y traté con todas mis fuerzas de no pensar en mi padre; me había enterado de que había muerto un año antes.

Hacía tiempo que ya no suspiraba por tener una familia como Dios manda, que me quisiese. Los amigos que había hecho desde que me había instalado en París se habían convertido para mí en una familia escogida con mimo. Pero, desde la llegada de los alemanes, se los había llevado el viento; la mayoría se había marchado a la zona libre, algunos incluso habían abandonado el país. ¡Cuánto más fácil sería esta extraña nueva realidad si tuviese unos padres cariñosos que aún viviesen o uno o dos hermanos; o un primo lejano, ya puestos! Cuando me puse a picar la cebolla, los ojos se me inundaron de lágrimas. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo me las apañaría sola en aquellas circunstancias?

—¿Le ayudo con algo?

El sonido de la voz de Tomasz me hizo dar un respingo. Me giré y, al verlo plantado en la puerta, me sequé rápidamente los ojos.

—Esta estúpida cebolla me ha hecho llorar —murmuré—. Me temo que ya es tarde para hacer las bolas de *matzah*, pero quizá podría ayudarme a preparar una sopa de pollo... sin pollo.

—¿Sopa de pollo sin pollo? —repitió arqueando una ceja.

—Sí, es el último grito en la maldita cocina de racionamiento.

—Bueno, estoy acostumbrado a esa escuela —dijo mientras le pasaba un par de zanahorias.

Cuando se puso a cortarlas, me imaginé a Aurélie en su cocina de Pigalle, fantaseando con que había conocido a un boxeador en uno de sus espectáculos y que él se había

ofrecido a prepararle la cena. No iría vestido con una bata de seda rosa, claro está. Creé un personaje tomando a Tomasz como referencia, pero ataviado con pantalones de vestir y en manga corta, de modo que los músculos de los brazos palpitasen al cortar las verduras. «¡Deja de pensar en Aurélie!», me regañé mentalmente.

–¿Así que es de Polonia? –le pregunté mientras ponía una sartén al fuego.

–Sí, pero vine a Francia al cumplir los dieciocho. Mis padres me mandaron con mi tío, que es... era sastre en la Pletzl..., en Le Marais –añadió por si acaso yo no estaba familiarizada con el apelativo yidis para el barrio judío, en el distrito IV.

–Ah, vale –contesté como si lo supiese, aunque, a decir verdad, solo me había adentrado en la Pletzl en una ocasión, con el fin de investigar una escena para una de mis novelas, en la que Aurélie iba buscando sopa de pollo tras un virulento episodio de gripe-. Entonces, ¿cuánto hace que vive aquí? –pregunté, en parte, para averiguar su edad.

–Siete años. Irónicamente, mis padres me mandaron aquí para librarme del creciente antisemitismo en Polonia.

–Ironía de la buena, sí. –Eché a la sartén las verduras cortadas. Así que tenía veinticinco, los mismos que yo...-. ¿Tan mala era la situación allá?

–Mucho –sonrió, pensativo–, aunque no todo era malo. Me sirvió de inspiración para hacerme boxeador.

–¿Y eso?

–A medida que iba creciendo, ver a mi gente maltratada por el simple hecho de ser judíos me empujó a querer defenderme a mí y a los otros. Pero usted sabrá mucho de eso, siendo toda una experta en *krav magá*...

Me maldije por haber contado aquella mentira; debería haber sabido que se volvería en mi contra.

–Ese es el motivo por el que Imi Lichtenfeld se dedicó a promoverlo –prosiguió–: para que los judíos pudiesen defenderse de los fascistas de Bratislava.

–Ya lo sé –dije, desafiante.

–Tendrá que enseñarme alguno de sus movimientos –dijo sonriendo.

–No creo que esta noche sea el momento adecuado. Se supone que estamos pidiendo perdón y perdonando.

–Cierto.

Pero su sonrisa llena de razón era la prueba de que me tenía bien calada.

En cuando la sopa estuvo lista, nos la llevamos a la mesa del comedor en unos cuencos humeantes. El aroma de la cebolla hizo que mi estómago gorgotease de hambre. Gracias a mi dramática salida del Café de la Paix hacía un rato, llevaba sin probar bocado desde el desayuno.

–¿No tiene ningún pariente en París con quien pueda pasar el Yom Kipur? –preguntó Tomasz cuando nos sentamos.

–No tengo familia de ningún tipo –contesté.

Se quedó parado con la cuchara a medio camino de la boca.

–¿A qué se refiere? Todo el mundo tiene una familia.

–Mi madre murió cuando yo era una niña y mi padre murió hace un par de años. Ambos eran hijos únicos y mis abuelos también están todos muertos.

–Lo siento.

–No lo sienta. Yo no lo hago. –Pero aquella bravuconada mía escondía el pellizco de soledad que sentía en lo más profundo de mi ser–. Lo más parecido a una familia que tenía era mi vecino Levi, que vive... vivía arriba, pero puso pies en polvorosa cuando supo que los alemanes venían de camino.

–¿Y no tuvo la tentación de marcharse también?

–¡No! ¿Por qué? ¿Para ir adónde? La Francia de Vichy no es más libre que la Francia ocupada.

Él asintió.

–Además, he trabajado muy duro para conseguir esto. –Hice un gesto señalando hacia el piso–. ¿Por qué iba a permitir que los alemanes se lo quedasen?

–¿Corre usted con los gastos?

–Pues claro. ¿Cómo cree que lo he conseguido si no?

–No sé. Me había hecho a la idea de que venía de una familia de posibles... o estaba casada con un hombre rico.

–Hace tiempo que decidí que no me casaría nunca –respondí, desafiante.

–¡No me diga!

Arqueó la ceja, y yo tomé nota mentalmente de que aquel gesto podía servirme como señal de atractivo en un personaje... si algún día conseguía volver a escribir ficción.

–Pues sí.

–¿Puedo preguntarle por qué?

–No quiero verme nunca en las manos de un hombre que me controle.

–Interesante –asintió, pensativo–. Pero ¿y si conociese a un hombre que no quisiese controlarla?

–Prefiero no correr el riesgo. De todas formas, me enorgullece decir que corro con mis propios gastos.

En ese punto, cambió el modo en que me había estado mirando hasta entonces. Como si dejase de ver a la alocada que hablaba con personajes imaginarios y lanzase muñecas al río en un arrebato. Su mirada era ahora de curiosidad y respeto.

–Es usted una mujer muy interesante, Claudette Weil.

–Gracias. Pero ¿cómo sabe mi nombre completo?

–Le eché un vistazo a su librería mientras estaba en la cocina.

–Ah, claro.

–La admiro por quedarse –dijo adoptando una expresión tremendamente seria.

–¿De verdad?

Aunque no sabía nada de Tomasz, su admiración prendió un rayo de esperanza en mi interior.

–Sí, y más sabiendo que es escritora.

–¿Qué quiere decir?

Me puse inmediatamente a la defensiva. ¿Estaba insinuando que los artistas no tendrían el valor suficiente para enfrentarse a los nazis?

–Usted tiene un motivo real para quedarse.

Dejé a un lado la cuchara.

–¿Lo tengo?

–Pues claro. Olvídese de las historias de la bailarina de Pigalle... –Estaba claro que también había leído la publicidad que aparecía en las cubiertas de mis libros–. Cuando todo haya pasado, será usted quien le cuente al mundo lo que nos hicieron. Podría escribir un libro sobre eso.

–Ya, supongo que sí. –Me quedé pensando en el hecho de que había caracterizado a Aurélie como católica y no como judía a propósito y sentí una punzada de culpabilidad. De niña, la Iglesia católica me había parecido siempre tan melodramática y cautivadora... Con todo ese incienso, los sermones sobre la culpa y el pecado, la excitante perspectiva de dar rienda suelta a los más oscuros secretos de una ante un sacerdote oculto en un confesionario...–. Pero me temo que ella no es judía.

Y apunté hacia la muñeca de Aurélie, que estaba ahora colocada en el centro de la mesa, apoyada en los candelabros.



–¿Y qué?

Tomasz me miró desconcertado.

–Ah, ¿quiere decir que debería escribir algo que no fuese una novela?

–No sé, no creo que importe demasiado siempre y cuando le muestre al mundo lo que sucedió aquí.

Terminamos la sopa en silencio; luego, Tomasz miró hacia el reloj que había en la repisa de la chimenea.

–Debe de estar a punto de anoecer. ¿Qué le parece si encendemos las velas?

–Sí, claro. –Mi mente me llevó hasta Levi, un año atrás. Él había encendido tres velas: una en recuerdo de los muertos y dos para celebrar la festividad. Ojalá pudiese recordar las bendiciones. Cogí las cerillas y una vela con su soporte de cristal—. Yo las enciendo y usted pronuncia las bendiciones.

–Perfecto.

Tomasz apartó los platos hacia un lado.

Encendí primero la vela en el soporte de cristal mientras murmuraba lo que recordaba del *kadish* y trataba de alejar de mi mente todo recuerdo de mi padre. A continuación, saqué de en medio a Aurélie y encendí dos de las velas de los candelabros.

–*Barukh ata adonai eloheinu melech ha-olam asher kid-dis-hanu b' mitzvotav v' tzivanu l' hadlik ner shel shabbat v' shel yom ha-kippurim* –entonaba mientras las prendía.

Su voz era grave y melancólica como un chelo; otro agradable rasgo para un personaje. Lo anoté mentalmente antes de sacudirme aquel pensamiento.

–¿Le parece si recitamos la *shehecheyanu*? –preguntó.

–Sí, claro, por supuesto –respondí rezando por que no se me hubiese olvidado—. *Barukh ata adonai eloheinu melech*

*ba-olam shehechenayu, v'kiyumanu, v'higiyanu la-zman ha-zeh* –repetí cada palabra que él pronunciaba medio segundo después de que la hubiese dicho, dando así la impresión de que no había perdido la fluidez.

–Supongo que no iremos a la sinagoga para la *kol nidre*...

–dijo Tomasz con una sonrisa triste.

–No –respondí, aliviada de evitar otra potencial fuente de vergüenza, pues era incapaz de recordar el texto de las oraciones.

–De todas formas, podría cantarla ahora –prosiguió.

Hice un esfuerzo por no fruncir el ceño. Si en algún momento Tomasz decidía abandonar el boxeo, su vocación alternativa bien podía ser hacerse rabino.

–Sí, claro. Sería estupendo.

Me senté muy tiesa en la silla; sentía la imperiosa necesidad de echarme a reír de lo estrafalaria que era aquella situación. Tenía a un hombre desconocido sentado a la mesa vestido con una bata de seda rosa y a punto de cantar la oración que daba inicio al Yom Kipur. Pero era muy consciente de que no debía reírme bajo ningún concepto. La *kol nidre* era tan solemne que habría sido de lo más inconveniente.

–¿Puedo utilizar su mantel? –preguntó Tomasz.

Me quedé mirándolo, desorientada.

–¿Para qué?

–Como *talit*. Es blanco –añadió a modo de explicación.

Justo cuando creía que aquello ya no podía ser más surrealista...

–Por supuesto.

Apartamos los platos, y yo sujeté el candelabro, de manera que él pudiese coger el mantel y cubrirse los hombros como si fuese un chal para la oración.

–Si quiere, puede ponerse algo blanco también –dijo se-

ñalando mi vestido verde esmeralda—. Y si tuviese algo que hiciese las veces de kipá...

—Por supuesto que sí. —Me puse de pie con dificultad—. Vuelvo enseguida.

Corrí a mi dormitorio, donde la mitad del contenido de mi armario estaba todavía esparcido por el suelo de resultas de mi anterior búsqueda. La única cosa que tenía de color blanco era una camisa que había usado de funda durante una breve fase de pintora que tuve tras coincidir con Pablo Picasso en el Café de Flore. No había conseguido sacarle las salpicaduras de azul y carmesí, pero, con un poco de suerte, sería lo suficientemente blanca para que la aprobase. ¿Y qué podía darle a modo de kipá? Se me fue la vista a un tapete de ganchillo que me había hecho Madame Bellamy y que decoraba la cómoda. Aunque tenía margaritas bordadas, al menos era circular.

Me puse la camisa por encima del vestido y volví a la sala de estar. Tomasz estaba de pie en la cabecera de la mesa, vestido con mi bata y el mantel; me vi obligada a disfrazar de ataque de tos la risa traicionera que me entró.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Sí, sí, perfectamente —farfullé. Nunca pensé que podría verle la cara divertida al día más horrible de mi vida, así que le estaba agradecida—. ¿Qué le parece esto como kipá? —Le ofrecí el tapete—. Espero que no le importen las margaritas.

Y, otra vez, tuve que reprimir las ganas de reírme.

—Me gustan las margaritas —respondió bruscamente.

—¡Ay, a mí también! —exclamé mientras él se ajustaba el tapete en la cabeza.

—¿Le parece si empiezo? —preguntó con un arrebató repentino de timidez.

—Claro, empiece.

Me quedé en la otra punta de la mesa, incómoda, con las velas parpadeando entre nosotros.

Sin embargo, en cuanto comenzó a cantar, la incomodidad desapareció y se me pasaron las ganas de reír. Cantando sonaba aún más parecido a un chelo; me cautivó al instante. Las palabras estaban tan cargadas de emoción que se le quebraba la voz por momentos. Era más emotivo y bonito que ninguno de los cantores que había escuchado de niña.

Cerré los ojos y, de repente, volvía a estar allí, en mi ciudad natal, Marsella, rodeada de adultos que entonaban aquellas mismas palabras en hebreo. La *kol nidre* original había sido escrita en la Edad Media, cuando los judíos sufrieron persecuciones y fueron obligados a convertirse a otras religiones. Trataba sobre la necesidad de liberar a la gente de cualquier voto que pudiese haber hecho a otras confesiones so pena de muerte.

Cuando era más joven, me resultaba un tanto insulsa y enrevesada, pero ahora que la voz de Tomasz iba llenando el cuarto sus palabras me parecían dolorosamente apropiadas. ¿Nos harían renunciar a nuestra fe los nazis para unirnos a ellos en la exaltación de la que llamaban «raza superior»? La indignación iba apoderándose de mí a medida que la voz de Tomasz subía de tono. Pensé en los judíos que habían cantado la *kol nidre* a lo largo de la historia y, por primera vez, sentí algo en mi interior que tiraba de mí, una sensación de honda conexión y de lealtad para con mi pueblo. Cuando Tomasz llegó a la parte en la que la congregación se suma al canto, me puse a cantar instintivamente. El sonido de nuestras voces unidas en armonía, desafiantes, era tan agrisulce, tan conmovedor, que me corrían las lágrimas por la cara.

En cuanto cantó la oración las tres veces de rigor, dejé de ver la ridícula bata rosa o el mantel a modo de chal. Lo único

que veía era su mirada buscando la mía entre los candelabros parpadeantes; lo único que sentía era una presencia en medio de nosotros que nos sobrepasaba, como si hubiese invocado al mismísimo Dios mediante el fuego y la pasión de su voz.

Tomasz se aclaró la garganta y miró hacia otro lado, como si, de repente, le diese vergüenza.

–Bueno –dijo–, no ha estado nada mal.

Me sequé las lágrimas de la cara. Lo que había sucedido era tan puro y tan real que sentí el impulso de liberarme de toda máscara.

–He de confesarle algo.

–¿En serio? –Me miró con curiosidad–. Bueno, supongo que no hay mejor momento para la expiación que el Yom Kipur.

Y nos echamos a reír a la vez que tomábamos otra vez asiento.

–Es cierto, pero la cuestión es que... –empecé diciendo.

–¿Sí? –dijo por lo bajo.

–Hace años que no voy a la sinagoga.

–¿Cuántos?

–Desde que me escapé... que me marché de casa. Ocho años.

–Uf.

–En realidad, no he practicado nada en todo este tiempo. Estaba intentando...

Me miró con gesto interrogante.

–Estaba intentando olvidar.

–¿Olvidar a Dios?

–No, sí, no. No lo sé.

Se rio ante mi falta de decisión.

–Estaba tratando de olvidar a mi padre, a decir verdad; pero, en mi cabeza, estaba tan íntimamente ligado a Dios, a ir a la sinagoga, que no era capaz de separarlos.

–Lo entiendo –contestó.

Lo miré llena de esperanza.

–¿En serio?

–Sí. –Se quedó mirando la luz parpadeante del candelabro–. Hay cosas que a mí también me gustaría olvidar. ¿Usted lo ha conseguido? ¿Ha sido capaz de olvidarlo?

Me asaltó el recuerdo de una de mis pesadillas más recurrentes. Mi padre echándoseme encima y gritándome por ser un incordio monumental y el mayor error que había cometido. Y yo, encogida de miedo en un rincón, cubriéndome la cabeza con las manos.

–Casi –murmuré.

–Lo siento –dijo Tomasz con aire azorado.

–¿El qué?

–Haberle hecho encender las velas y cantar la *kol nidre*. Yo no...

–No, no pasa nada –lo interrumpí–. Ha sido bonito. Y tan conmovedor... Me he sentido... –me interrumpí, pues me costaba expresar mis sentimientos.

–¿Cómo?

–Me he sentido como si hubiese vuelto a casa, pero no a la casa familiar, sino a una casa más profunda, aquí, en mi corazón. Ay, ¡qué difícil es expresarlo con palabras!

–Y eso que es escritora... –bromeó.

–Sí, bueno, era.

Me encogí de hombros.

–Y lo es. –Se le borró la sonrisa–. Me alegro de haberla ayudado a sentirse así. Nuestra fe es más importante ahora que nunca. No se trata solamente de una fuente de fortaleza: es otra forma de impedir que los alemanes triunfen. No les permitimos que borren nuestra identidad.

Asentí, pensativa. Hasta el momento, había visto el judaís-

mo como la religión de mi padre. Pero, desde la óptica nazi –y desde la de mi propio Gobierno–, yo era judía. Quizá hubiese llegado la hora de reivindicar mi fe y hacer de ella una honorable insignia.

–¿Sabe qué? Si no le va bien con el boxeo, debería considerar seriamente meterse a rabino o a cantor.

La expresión de Tomasz se tornó adusta.

–No, no creo que caiga esa breva.

–¿Y por qué no? –pregunté, azuzada por la curiosidad.

–Digamos que he hecho cosas que un rabino nunca haría.

–Entiendo.

Me revolví en la silla. A juzgar por su tono grave, se refería a algo más que a trabajar durante el *sabbat* o a comer pan fermentado durante la Pascua.

–No pasa nada, no tiene de qué preocuparse; pero tengo mucho que expiar.

–Todos tenemos –bromeé tratando de mantener la alegría–. Estoy segura de que nada de lo que haya hecho se acerca ni de lejos a lo que los nazis están haciendo.

Para mi sorpresa, asintió con la cabeza.

–¿Hay manera de que se disculpe por lo que hizo? –pregunté, teniendo en mente el significado de la *teshuvá*–. ¿Está en disposición de solicitar el perdón de la persona concernida?

–Es imposible.

–Sé lo duro que puede ser pedir perdón. El año pasado tuve que disculparme ante un *boulangier* por chillarle porque una tarta que había encargado para una fiesta sabía a ajo. No caí en la cuenta de que no había lavado el cuchillo que luego usé para cortar la tarta después de haber estado picando verduras. Así que, cuando me acordé, me sentí fatal y quise aclararlo; con todo, no me resultó fácil disculparme ante él en la tienda, delante de tantos clientes y, sobre todo, viendo

cómo se regodeaba con mi incomodidad sin disimular ni una pizca. Pero luego me sentí mucho mejor, me quité un peso de encima. Si alguien decide negarle el perdón al recibir su disculpa, es su problema. Siempre y cuando usted...

–No puedo disculparme ante esa persona... –me cortó Tomasz en un tono tenso– porque la maté.